

Cuadernos del Sur

Número 11 ■ Setiembre de 1990

Tierra  fuego
del

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LAS CONDICIONES DEL CONOCIMIENTO DE LO SOCIAL A FINES DE LOS 80*.

*Inés Izaguirre***

Tengo la impresión de que la producción de conocimiento en ciencias sociales no está reflejando con claridad los procesos que están sufriendo nuestras sociedades, procesos que, en muchos casos, son antes detectados y desarrollados por la información periodística -que reelabora los mensajes de los círculos de poder- pero que carecen de entidad académica.

Esta ponencia trata de esos vacíos, de esas ausencias, y de las condiciones fundantes de la omisión.

Las ciencias humanas, o sociales, nacen precisamente con la constitución -económica, política, epistémica- del modo de producción capitalista, cuyas condiciones de producción fundan también las del modo de conocimiento de lo social. Y por ello expresan, desde el inicio *la tensión de una doble mirada*: 1 *la mirada del orden*, del equilibrio del conjunto, donde cada grupo tiene ya su función asignada, y que se corresponde con la realidad de los éxitos de las guerras napoleónicas y de su agente conciente, la burguesía. Es la mirada posrevolucionaria, cuyo clásico exponente es Augusto Comte, y 2 *la*

* Ponencia presentada en las Jornadas de Pensamiento Latinoamericano. Mendoza, Argentina, 15 al 18 de noviembre de 1989.

** Instituto de Sociología - Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires

mirada del cambio, del cambio revolucionario, contemporánea de la anterior, pero antagónica, porque expresa la perspectiva de los expropiados de plusvalía, que propone llevar a la práctica, realizar, los ideales igualitarios de los revolucionarios burgueses y extenderlos al conjunto de la sociedad. Su embrión: los socialistas utópicos; su consagración, esa obra gigante del pensamiento humano que produce una verdadera ruptura epistemológica con la producción anterior: *El Capital*, de Marx.

Esa confrontación entre dos perspectivas antagónicas recorre toda la historia de la ciencia social, y atraviesa toda la serie mayor de perspectivas intermedias. La articulación de todas esas parcialidades constituye *el sujeto epistémico*, las condiciones de verdad de que nos habla Piaget. Su génesis y transformación se produce por confrontaciones permanentes: entre teorías, entre teoría y realidad, entre teoría y conocimiento, entre teoría y práctica, entre sujetos portadores - expropiadores y expropiados- de plusvalía y de saber.

El conocimiento, señala Foucault (1980); “es una cierta relación estratégica en la que el hombre está situado”. *Toda* forma de conocer o de saber es una relación de poder. *La investigación es la forma del poder-saber*, construida conjuntamente con las condiciones de la producción capitalista. Resulta obvio, entonces, señalar el peso de la teoría en la dialéctica del conocimiento. Quizás es menos obvio señalar que toda conceptualización remite a un sujeto social que la construye y la expresa.

Por eso, la tensión de la doble mirada de la que hablamos expresa el “estado” del poder, el estado del poder entre las clases. (Marion, 1981). Un indicador preciso de esa confrontación puede observarse, a mi juicio, en el desplazamiento del eje problemático de la investigación, en los últimos 30 años, en América Latina. Si hacemos el ejercicio de recorrer las temáticas dominantes en la producción en ciencias sociales latinoamericanas, a través, por ejemplo, de los Congresos y Jornadas, veremos que a comienzos de los 60, y a lo largo de la década, luego de las revoluciones argelina y cubana, los temas dominantes de nuestra producción eran el imperialismo, la dependencia y los movimientos de liberación. Ese interés se completa, hacia finales de la década, con la preocupación por el desarrollo, la modernización y la integración latinoamericana.

Pero, ya en los 70, a medida que las dictaduras militares iban acallando las luchas reales, y aniquilando a los rebeldes, también se van acallando los productos teóricos y empíricos que denuncian la situación.

Las derrotas populares se expresaron en los paneles como “crisis de los

paradigmas”, y menos eufemísticamente como *crisis del marxismo*, cuando lo que en ellos se mostraba era la crisis de los marxistas, derrotados junto con los intentos de liberación de sus pueblos.

Las luchas populares “desaparecieron” de los Congresos, junto con los cuerpos de sus portadores, y las luchas sociales -con o sin guerrilla- fueron anatematizadas como terrorismo y subversión. Las oligarquías financieras de nuestros países, y sus ejércitos de ocupación, tenían gran claridad al respecto. Así lo expresaba en Argentina, en 1977, uno de los generales que accedió al poder del Estado: “La subversión es toda acción clandestina o abierta, insidiosa o violenta, que busca la alteración de los criterios morales y la forma de vida de un pueblo, con la finalidad de tomar el poder e imponer desde él una nueva forma, basada en una escala de valores diferentes. Es una forma de reacción de esencia político-ideológica dirigida a *vulnerar el orden político-administrativo existente*, que se apoya en la explotación de insatisfacciones, reales o figuradas, de orden político, social y económico... La naturaleza de esta agresión deriva de la filosofía política que la origina y alimenta, el marxismo. Esta agresión es total en el sentido absoluto de la palabra; su finalidad es la conquista de la población mundial partiendo del dominio de la psiquis del hombre(*)).

Las luchas de clases se transformarían así en “movimientos sociales”, los problemas del Estado serían los de la “transición y “la alternancia” entre dictadura y democracias parlamentarias”, junto con la eliminación de las “trabas” burocráticas a la acumulación. Los científicos sociales debían “aggiornarse”. Puesto que las sociedades democráticas lograban resolver los conflictos mediante negociación, las herramientas conceptuales de la lucha de clases ya no eran útiles. Hasta se llegó a escribir sobre la “desaparición”: de las clases, como resultado de la modernización.

Particularmente a partir de los 80, en que podemos considerar constituido en América latina el nuevo patrón de acumulación, se produce a mi juicio una disociación aún mayor entre las temáticas emergentes en la producción intelectual y los hechos políticos y sociales dominantes en nuestras sociedades. Señalaré las ausencias que considero más notorias, aunque seguramente no agotan la lista:

1) *La ausencia curricular de la temática de la guerra* (Marín, 1984), como problema teórico y empírico, cuando, como se señala en el último informe de

* De la conferencia de prensa pronunciada por el entonces Jefe de Estado Mayor Gral. Roberto Viola, publicada por el diario La Nación, del 20/4/77.

Naciones Unidas sobre "La situación social en el mundo", jamás en toda la historia de la humanidad existieron tantas guerras simultáneas como las que se están desarrollando en esta época, con tan devastadoras consecuencias para la población civil. En 1988 se libraron en todo el mundo 22 guerras con 1000 muertes al menos cada una, pero si se incluyen los conflictos con menos víctimas su número asciende a 36".

Esta ausencia es aún más preocupante si tenemos en cuenta que en varios de nuestros países se están llevando adelante varias guerras de las llamadas de "baja intensidad", nueva fórmula para designar a las extenuantes guerras contrarrevolucionarias, que han pasado de perseguir "delincuentes" subversivos a perseguir narcotraficantes, pero que en todos los casos implican la militarización de la vida política de nuestras sociedades, y el control policial permanente de la población.

2) Vinculado con lo anterior, *la ausencia de estudios propios sobre el gasto en armamentos realizado por nuestros países*, en una época de mundialización de la capacidad destructiva. Según el mismo informe mencionado en el párrafo anterior, el valor de las importaciones en armas de guerra, hechas por los países subdesarrollados, pasó de 1.000 millones de dólares, en valores constantes de 1970, a más de 25.000 millones en 1987. Si a ello se suman las consecuencias de las presiones para el pago de los servicios de las deudas externas, constituídas en su origen, en muchos casos, por el gasto en armamentos, unido a la brecha cada vez mayor en términos de crecimiento respecto del centro desarrollado no podemos menos de sorprendernos del vacío problemático.

3) *La ausencia de proyectos de integración de nuestros espacios económicos*, que tanto abundaron en los 60, en un momento en que se está produciendo la macroregionalización del mundo en grandes territorios supranacionales. América Latina no forma parte de ninguno de aquellos proyectos, mientras nuestros débiles estados nacionales están cada vez más subordinados al territorio hegemónico de la seguridad nacional norteamericana.

4) La mansa aceptación de la "moda ideológica" sobre la necesidad de achicamiento del Estado -transformado en parámetro de ineficiencia- construída deliberadamente, en la realidad y en la teoría. Moda de exportación para nuestros países, prácticamente inexistente en la realidad de ningún lugar del mundo, donde la implantación de las macroregiones político-económicas requiere, en cambio, de políticas de mediano plazo en las que el Estado juega un papel fundamental. En este mismo punto cabría reflexionar sobre el papel de nuestras Universidades nacionales, ante el avance de aquel modelo.

5) Finalmente, *la omisión conceptual e investigativa de los procesos de lucha de clases y de las clases mismas*, lo que dificulta la comprensión de los procesos sociales que ocurren todos los días en nuestras sociedades, al mismo tiempo que se produce lo que yo llamo la *naturalización de la pobreza*, endeble sustituto categorial acrítico, para estratificar a los expropiados, cuya existencia parece haber entrado a formar parte de los “hechos de la naturaleza”.

Deseo reiterar que no es que no se registren estos procesos, sino que su registro, su montaje y su decodificación son casi inexistentes en la producción intelectual de nuestros países. Estos quedan circunscriptos, limitados, a la cada vez menor producción periodística independiente, mientras que la producción misma de los hechos se gesta cotidianamente en los ámbitos “expertos” de la superestructura del poder financiero internacional (FMI, Banco Mundial), en las conferencias militares supranacionales o gubernativo-militares, como el grupo de Santa Fe, en Estados Unidos, cuyos documentos se han convertido en verdaderas guías estratégicas de los Gobiernos norteamericanos y de nuestras burguesías.

¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Qué es lo que nos ocurre?

Dijimos antes que las condiciones mismas del modo de producción y reproducción de la vida son fundantes del sujeto cognoscente, que los modos de apropiación y expropiación de las condiciones materiales incluyen modos de apropiación de las condiciones del saber, sin el cual no podría haber cuerpos disciplinados para la expropiación (Foucault, 1980, Piaget-García, 1984, Marín, 1982).

La mayoría de nosotros, como sujetos sociales, hemos sido construídos por aquella porción de la sociedad que vive de la plusvalía, pero estamos atravesados también por aquellas relaciones sociales que nos ligan a los cuerpos expropiados.

Nuestra relación estratégica, particularmente en la Universidad, como sujetos cognoscentes, depende del lugar -teórico, empírico, político- desde el que libramos nuestros enfrentamientos. No somos ajenos al poder, nuestra profesión misma es un modo, una forma de poder. Pero eso no significa ser cómplices del poder establecido: nuestro obstáculo epistemológico son las ausencias, los cuerpos aniquilados, los cuerpos exiliados, el producto de la derrota de los cuerpos populares.

La omisión curricular de aquellos problemas no es entonces casual. Nuestro sujeto epistémico estás mutilado.

En el caso particular de los países del Cono Sur, la violencia brutal de las operaciones militares y sociales que han producido miles de bajas al interior de nuestras sociedades, ha tenido su efecto. No sólo se han desorganizado las resistencias populares, lentificando el proceso de las luchas sociales, sino que se ha producido un profundo *desarme intelectual* (Marín, 1984). Se trata de una construcción conceptual, no sólo de un vaciamiento, que tiene distintas consecuencias según sea la fracción social que la encarna:

- El *reduccionismo teórico* de izquierda, que implica la permanencia en un modelo clásico de enfrentamiento, correspondiente a un período histórico anterior, *como si este intelectual no pudiera crecer conceptualmente* al ritmo de los cambios que se operan en la realidad, ni desarrollar el perfil más preciso del enemigo de hoy, el real. Este obstáculo le impide conducir a las fracciones que lo escuchan a librar enfrentamientos o establecer alianzas sociales correctas.

- La segunda versión está formada por los *cuadros intelectuales que han sido cooptados por las nuevas fracciones financieras*, sustituyendo la autonomía crítica lograda en un período anterior por una *heteronomía activa*, conducida por aquellas, que los transforma en sus auxiliares domesticados, favorables a su proyecto hegemónico.

La parálisis del miedo, la ausencia de los cuerpos militantes, muchos de los cuales eran intelectuales universitarios, el exilio de los más, ha tornado difícil la recomposición de nuestras "condiciones de verdad", compuestas de muchas parcialidades, de muchas perspectivas sobre los mismos problemas, que hoy nos faltan. Es una de las formas de la destrucción de la memoria histórica.

Nuestro punto de partida es hoy intelectualmente pobre. Acudo entonces a la pregunta clásica, ¿Qué hacer?

Lo primero, tomar conciencia de la situación. Lo segundo, concentrar nuestra energía en reconstruir un estilo intelectual contrahegemónico. Con ambos sentidos he escrito este trabajo.

Buenos Aires, Octubre 1989

Bibliografía citada

- Foucault, Michel: *La verdad y las formas jurídicas*. México, Gedisa, 1984, 1a. conferencia.
 Piaget, Jean y García, Rolando: *Psicogénesis e historia de la ciencia*. México, Siglo XXI, 1984.
 Marín, Juan Carlos: *La noción de polaridad en los procesos de formación y realización del poder*, Buenos Aires, Cuadernos de Cicso, Serie Teoría Nro. 8
 Marín, Juan Carlos: *Los hechos armados, un ejercicio posible*, Buenos Aires, ed. Cicso, 1984